

DOS TALANTES TEÓRICOS: LUHMANN FRENTE A HABERMAS

Por Santiago Martín Arnedo

Doctor por la Universidad de Granada²⁴

smarnedo@hotmail.com

Recibido/Received: 4/9/2018.

Aceptado/Accepted: 15/10/2018

Two theoretical personalities: Luhmann against Habermas.

RESUMEN

Este trabajo pretende poner de manifiesto las dos posturas predominantes en Alemania en teoría sociológica: la primera, de corte funcionalista, representada por Niklas Luhmann, y la segunda, con un claro perfil normativo, representada por Jürgen Habermas. Ambos entablaron una discusión, todavía abierta, cuyos resultados pueden ser importantes para investigar la naturaleza del hecho social. El primero es acusado de conservador, el segundo de anteponer la normatividad a la exigencia neutral científica. Los presupuestos filosóficos de ambos parecen irrenunciables. Es posible que en el futuro podamos definir un punto de unión entre ambas teorías.

Palabras clave: Luhmann, Habermas, Funcionalismo, Teoría Crítica

24 Se ha especializado en el pensamiento y la literatura en la Alemania del siglo XX. Además de artículos sobre Gadamer, Luhmann y Habermas, entre otros, en revistas especializadas, se ha centrado en la traducción y estudio de la literatura alemana: Kaschnitz, Rilke, Goethe, etc.

ABSTRAC

This article aims to explain the two dominant positions in Germany in sociological theory: the first, functionalist, represented by Niklas Luhmann, and the second, with a clear normative profile, represented by Jürgen Habermas. Both engaged in a discussion, still open, whose results may be important to investigate the nature of the social fact. The first accused of conservative, the second of putting the normativity before the scientific requirement. The philosophical presuppositions of both seem irrevocable. It may be that in the future we can define a point of union between both theories.

Keywords: Luhmann, Habermas, Functionalism, Critical Theory

Introducción.

La obra de Jürgen Habermas (1929) ha encontrado desde el principio una gran repercusión entre los estudiosos de la teoría social y en mayor medida entre los filósofos del área política no sólo por señalarse como un solvente heredero de la denominada Escuela de Frankfurt, con todo el potencial de crítica social que va asociada con ella, sino también por su profunda raigambre kantiana y su confianza en la prosecución de un proyecto ilustrado todavía y siempre por completar.

En cambio, la obra de Niklas Luhmann (1927-1998) lejos de suscitar un interés generalizado, se lo ha mirado desde las corrientes centroeuropeas con recelo. Sólo en los últimos tiempos y de forma muy limitada ha empezado a atraer a filósofos y sociólogos. Esta desigual recepción se ha manifestado no sólo en el número relativo de publicaciones dedicado a uno y a otro, sino también en su desigual aparición en los planes de estudio oficiales de las universidades.

Las razones de esta recepción en el caso de Luhmann son muy variadas. No sólo la merma de traducciones, especialmente en el mundo

hispano, y el nivel abstracto e interdisciplinar de sus escritos han parecido desmotivar al estudioso, sino también, y quizá sobre todo, por su perfil funcionalista, en la estela de un Parsons actualizado, y las consecuentes y continuas acusaciones de conservadurismo por los críticos sociales. Todo esto le ha llevado a no gozar de buena prensa en el pensamiento continental europeo.

No obstante, ambos autores se prefiguran como los dos grandes teóricos de una sociología actual que no se desentiende de sus implicaciones filosóficas. El primero, representante de la Teoría Crítica, pretende dar cuenta de la fundamentación de su análisis a través de un trascendentalismo de raigambre kantiana, aligerado no obstante de los tics de la filosofía idealista clásica y actualizado al modo de una pragmática formal, tras el giro lingüístico experimentado en la filosofía del siglo XX. El segundo ha hecho gala de una inventiva teórica y una capacidad de síntesis extraordinarias: los sistemas autopoieticos, la cibernética de segundo orden, el funcionalismo sociológico, la fenomenología husserliana y un largo etcétera conforman su novedosa propuesta. Nada parece escapar a su mirada. Dada la tardanza con la que se dio su autor al estudio teórico de la sociología, no deja de sorprender la velocidad de su producción y la ambición de la misma.

Los presupuestos de una teoría con pretensiones universales.

Ambos autores se han seguido de cerca, y la discusión directa, que no referencial, solamente cesó tras el fallecimiento del segundo. Antes de culminar ambos su gran compendio teórico, Habermas con *La teoría de la acción comunicativa* (1981) y Luhmann con *Sistemas Sociales. Fundamentos de una nueva teoría general* (1984), habían entablado un debate explícito que quedó registrado en el volumen "*Theorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie. Was leistet die Systemforschung?*" (1971) y que luego continuó con varias rondas de debates entre otros autores, todos ellos siguiendo la estela de dicha publicación. En dicho libro, Habermas se refiere así a Luhmann:

“Luhmann ocupa un lugar especial dentro de la sociología actual. Ha renovado, sin lugar a discusión, la aspiración de la gran tradición a entender la sociedad en su totalidad. [...] La propuesta renovada de esta aspiración de tan largo alcance teórico y la complejidad del intento para afrontar esta aspiración con ayuda de las investigaciones pioneras, sobre todo de la cibernética social, de la teoría de la decisión, de la teoría del aprendizaje y de otras teorías psicosociológicas, son razón suficiente para justificar una discusión crítica con Luhmann”. (Habermas y Luhmann, 1971: 142-143).²⁵

Si bien a continuación subraya el punto de disenso radical: Luhmann, a juicio de Habermas, está convencido de que el análisis funcional es el único camino legítimo para abordar los procesos de racionalización que ha sufrido Occidente, como si éstos hubieran de asumirse acríticamente. Luhmann responde matizando la acusación: lo esencial de la diferencia entre ambos enfoques se juega en la concepción de la dualidad praxis y técnica. Habermas no parece dejarle otra: o justifica el orden establecido naturalizándolo o le aporta un carácter contingente y por tanto susceptible de corrección y de crítica. Las consecuencias en el orden político, como es obvio, no son livianas. Habermas es muy consciente de esta deriva conservadora. Para Luhmann la repercusión de su teoría no está en primer plano. De hecho, desligándose de la tradición crítica sociológica, parece haberse inclinado por la primera opción: partir del orden como algo dado y proponerlo como objeto de estudio. Para Habermas, la Teoría de Sistemas se habría quedado a medio camino en sus inquisiciones, pues sólo ha comprendido la verdad de la técnica (cómo los sistemas pueden entrar en sintonía en medio de un entorno contingente) y no la de la racionalidad práctica (“cómo sujetos diversos pueden compartir el mismo mundo de la vida”), y de este modo ha devenido en ideología (Habermas, 1987: 184).

25 Las traducciones del original son del autor del artículo.

Desde aquella ronda de discusiones, el uno se ha convertido en la sombra del otro, y en sus publicaciones no han desaprovechado la oportunidad de citarse²⁶. Y es que el racionalismo y el empirismo, como grandes motores del pensamiento y como suelo del que se nutren sus presupuestos, continúan pugnando en la actualidad a fuer de su naturaleza filosófica, si bien en la actualidad se han revestido con otros ropajes. A este respecto estoy convencido de que cualquiera que quiera ocuparse seriamente hoy en día de los fundamentos teóricos de la sociedad no puede escatimar ninguno de los dos en el proceso de su propia autoaclaración.

¿Es posible a estas alturas proponer una teoría de la sociedad dentro de la gran tradición que tenga pretensiones de exhaustividad? No todos los clásicos de la sociología han estado convencidos:

No esperamos ya la creación individual de un único y arquitectónico sistema que provea un completo vademécum, un catálogo completo de soluciones de los problemas sociológicos. La ciencia, aún la ciencia sociológica, no ha de ser tan simple. La sociología puede avanzar en la medida en que se comprometa más en desarrollar teorías adecuadas a un limitado rango de fenómenos, y en cambio puede dispersarse si su atención se centra en "la teoría" en su sentido lato (Merton 1948: 165-166).

La crítica de Merton trata de descalificar *a priori* la ambición del teórico. Acorde con su razonamiento de no dejarse llevar por presupuestos generalistas, habría que aducir que un enfoque general tendrá que probarse en su concordancia con los hechos, sin entrar en mayores precisiones terminológicas, y no dejarse arrugar por una desconfianza previa hacia las teorías de largo alcance.

Y de hecho Luhmann parte precisamente de la crisis que sufren los marcos teóricos de largo alcance propuestos por los sociólogos clásicos. El propósito de su libro referencia *Sistemas sociales* es reformular la

26 Es reseñable en este sentido el apartado que le dedica Habermas a su contrincante en *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Madrid, 1989 (págs. 397-434).

teoría del “sistema social” a la luz de los últimos desarrollos de la teoría general de sistemas. “La sociología se hunde en una crisis” (Luhmann, 1984: 7) y hay que afrontarla de cara. Luhmann describe esta crisis señalando que la incesante acumulación de datos empíricos no ha conducido a la formación de una teoría o de un paradigma unitario, de una teoría capaz de abrir posibilidades de comparación. Los términos utilizados en los tratados de sociología son equívocos, lo cual impide cadenas argumentales concluyentes. El mismo concepto de teoría se ha desdibujado y no se está ya seguro en qué contextos puede legítimamente ser aplicado. El recurso de acudir a los clásicos de la sociología ha dado como resultado una abigarrada amalgama de teorías irreconciliables entre sí. Pero este recurso, multiplicado por la exégesis atenta de los estudiosos y eruditos no hacen sino acrecentar este prolijo desconcierto, o dicho con otras palabras, la complejidad dentro del estudio sociológico.

Los escrúpulos ontológicos de Luhmann.

A juicio de Luhmann, una teoría no puede ni debe reflejar todo el ámbito objetual al que se refiere, ni agotar las posibilidades de conocimiento, y menos aún agotar las pretensiones de otras teorías. Más bien debe acatar las relaciones entre sus objetos como relaciones de complejidad más o menos transparentes sin renunciar a la universalidad en la concepción de su objeto, en el sentido de abarcar todo lo social y no sólo una parte. Y esta universalidad debe incluirse a sí misma, como teoría, como uno de sus objetos de estudio, es decir, debe ser autorreferencial. La nueva ruta que propone Luhmann es la consecución de una teoría universal, englobando todo el objeto de estudio bajo la diferencia sistema/entorno. Eludir al máximo los presupuestos de una teoría del conocimiento, y convertir a la misma teoría en objeto de estudio y acatar la complejidad como concepto nuclear en las sociedades modernas y en la moderna teoría social.

Una tarea de tal envergadura carece de precedentes en la sociología actual, por eso recurre a teorías que se han mostrado exitosas en otros campos, como la teoría de los sistemas autopoieticos. Cautelosamente va a definir los conceptos relacionalmente y en contraposición con otros. No todos pueden relacionarse con todos, moviéndose este autor en su exposición en un movimiento circular muy cercano al hegeliano, de hecho él comenta que el libro (*Sistemas sociales*) puede leerse en el orden que se desee, tan lejos de la exposición lineal y académica habermasiana. Esto no le impide establecer ciertas líneas prioritarias, que sirven para reducir la complejidad del objeto de estudio. De ahí que el lenguaje de este autor sea extremadamente abstracto, por esta circularidad conceptual. No ofrece imágenes muy intuitivas sobre la realidad, pero como él mismo dice, aunque se abran claros en las nubes, nos son éstos la guía del vuelo. El estilo de su obra está más bien motivado por cuestiones puramente de coherencia teórica, a sabiendas que la abstracción no debe desembocar en un mero ejercicio de estilo, analítico o creativo, sino que debe desembocar en una referencia a lo real. El concepto es en última instancia el punto de contacto de la ciencia con la realidad, como expresión de la diferencia. La experiencia de esta diferencia (*Differenzerfahrung*) es la condición de posibilidad de adquisición y elaboración de la información.

La complejidad no se deja exponer linealmente, como hemos indicado, y puesto que los problemas de exposición y de contenido están tan íntimamente entrelazados, la teoría de Luhmann resulta ser acéntrica y poliédrica, como el mundo y la sociedad de los que se ocupa. Hay pues una renuncia expresa a la jerarquía expositiva, tan cara a los grandes metafísicos. De hecho él admite que podría haber expuesto su teoría, igual que con su lectura, en otro orden, y que más bien los problemas que surgían eran de exposición y no tanto de contenido.

Los elementos de análisis no están pre-dados, como afirmaba Parsons (1937: 43): "*the units of action systems also have certain properties without which it is not possible to conceive of the units as existing*". Las entidades

vienen dadas en un juego de referencias contextuales. Es importante conservar esta idea, porque uno de los esfuerzos que titánicamente sostendrá Luhmann, con más o menos éxito, será el intento de des-ontologizar la reflexión teórica, es decir, prescindir al máximo de supuestos metafísicos tradicionales.

Parte, como venía siendo tradición en la teoría clásica de sistemas, de la diferencia entre sistema y entorno. Una importante novedad es la temporalización (*Verzeitlichung*) del concepto de elemento: el sistema debe continuamente crear sus propios elementos. La diferenciación del sistema sólo ocurre a partir de la autorreferencia (el sistema se refiere a sí mismo en la constitución de sus elementos y sus operaciones). Condición necesaria es que el sistema tenga una imagen de sí como guía y principio de acción. En muchas de sus líneas definitorias, el sistema luhmaniano recoge las características de la subjetividad idealista, tema, como es bien sabido, no resuelto del todo en esta tradición.

El entorno es necesario para el funcionamiento y para la definición del sistema. La diferencia entre el sistema abierto y el sistema cerrado es desplazada por la cuestión de cómo la clausura autorreferencial puede conectar con el entorno. Nuclearmente se sitúa la diferencia entre diferencia e identidad. A su lado, el concepto de auto-organización, incorporando los avances de la teoría celular, neurofisiología, cibernética, termodinámica, etc. debe influir necesariamente en la concepción teórica de la sociología, si es que no queremos quedar desfasados en nuestra actualización científica.

Con estos conceptos básicos, se despliega a lo largo de la obra un arsenal terminológico de altos vuelos, que Luhmann luego ha ido aplicando a las diferentes esferas sociales en publicaciones ulteriores.

Un concepto amplio de racionalidad.

La teoría de la acción comunicativa habermasiana, por otra parte, propone también una teoría general de la sociedad. En su ambición

teórica -de largo alcance- coincide con Luhmann, y no se reduce sólo a proponer una teoría de la comunicación, según reza el título de la obra. Si bien presupone un determinado tipo de comunicación racional más allá de las restricciones cognitivos-instrumentales y en este sentido es también una filosofía social. La sociología es la única disciplina que no ha renunciado a sus pretensiones de universalidad. Aunque su naturaleza sigue siendo normativa para Habermas, ésta se sitúa preventivamente en la estela de una filosofía posthegeliana y postmetafísica. Sus referentes son los clásicos de la teoría sociológica: Weber, Parsons, Durkheim, etc. La filosofía, afirma Habermas, ya no es ni puede ser autónoma. La metodología va cambiando paralelamente a los contenidos, especialmente en relación con la ciencia. Y ahora la tarea se concentra en las condiciones formales de la racionalidad, del entendimiento lingüístico y de la acción. No tanto en los contenidos, como en las condiciones de posibilidad. Es una teoría que ya no alberga esperanzas de concebir teorías sustantivas de la naturaleza o de la reconstrucción apriorística de la dotación apriorística de un sujeto genérico.

Habermas quiere continuar el proyecto ilustrado, que más que fracasado, ha quedado incompleto. Se propone justificar racionalmente nuestros estándares normativos, que no son el producto de un acto de decisión injustificable, ni de un sentimiento inefable o de una asunción privada no necesariamente válida para otros. Todo esto nos llevaría a la arbitrariedad, y en el terreno práctico, al abuso desaforado del poder.

Pero en este afán de defender un concepto amplio de racionalidad, podemos señalar estos puntos críticos:

No está claro que en el análisis de una acción comunicativa, "para comprender una expresión... [un intérprete se sienta] impulsado él mismo hacia el proceso de la valoración de los requisitos de validez" (Bernstein, 1988: 289). Este punto es esencial, porque la comunicación no puede describirse en tercera persona, como si de un fenómeno causal se tratara, sino que el estudioso ha de implicarse personalmente en la valoración de las razones y pronunciarse sobre su legitimidad.

La defensa de un concepto fuerte de racionalidad en emisiones de tipo estético o expresivo e incluso normativo, no suscita el acuerdo deseado. No es necesario refugiarse en el universalismo para huir del relativismo.

La sospechosa asociación de la racionalidad de un acuerdo en función de la capacidad de generar consenso, por muy escrupulosamente que se cumplan las condiciones ideales de diálogo, pueden hacer caer su propuesta en aquello que precisamente pretende evitar: el relativismo. Pues como apunta Blanco Fernández (2000: 144): “La verdadera clave de una propuesta discursiva no puede estar en los procedimientos sino en el afán de aportar soluciones”. Dicho de otro modo, un acuerdo no es garante de haber dado con la respuesta óptima que la realidad te requiere.

Y para ello se propone implementar tres tareas: exponer, por un lado, un concepto amplio de racionalidad, que sepa hacer frente a las reducciones positivistas de una razón restringida al campo de lo cognitivo-instrumental (científico-técnico). Ha procurado ser cauteloso y no dogmático, no quiere partir de un supuesto fundamentalista. Pero como buen representante de la Escuela de Frankfurt, quiere a toda costa incluir una racionalidad de fines y no sólo de medios.

Por otro lado, ofrecer una visión compleja de la sociedad, que no se reduzca a considerarla meramente como *sistema* (como conjunto de instancias sociales que funcionan autónomamente al margen de la motivación de los individuos) o como *mundo de la vida* (el saber de fondo más o menos aporoblemático y las formas de vida cedidas por la tradición que alimentan y sustentan la práctica comunicativa), sino como la articulación de ambos polos. Si tomamos en cuenta uno solo, como le ocurre a Luhmann, sesgaríamos nuestra visión sobre la sociedad. Además la prevalencia del polo sistémico, colonizado por el sistema económico y político-administrativo, produce una grave patología en nuestra sociedad.

Esta sería una de las tareas de la teoría crítica: tras un examen riguroso de las condiciones sociales objetivas, poder mostrar las patologías

sociales que se desprenden de este desacoplamiento (el polo sistémico pierde anclaje en el *mundo de la vida* y se impone paulatinamente en exclusividad) y sugerir posibles vías de solución.

Discusión.

Estas son las líneas básicas de dos propuestas enfrentadas. Lo que por un lado se pretende ganar en rigor terminológico, distanciamiento crítico y pretensiones de exactitud científica se pone en cuestión por su pérdida de capacidad crítica y por anular la iniciativa personal, que tiene que ver en suma con la libertad. Y por otro lado, la tendencia a mantener indisolublemente unidas pautas de valoración de normativa con los resultados en la investigación puede coartar caminos fructíferos en nombre de una censura de naturaleza no científica.

¿Es posible un punto de convergencia? No podríamos hallarlo desde luego en el nivel del discurso, sino en el de sus condiciones de posibilidad. Se trata de la idea de hombre que se maneje. Cierto que Luhmann denuncia en Habermas una presunción de observador privilegiado y arrogante que se atreve a proponer un rumbo en la marcha social que no está justificado. Dado el nivel de complejidad alcanzado en la sociedad, no parece que exista un punto privilegiado de observador. Cada subsistema hace depender de su perspectiva particular la jerarquía de sus prioridades. Del resto se encarga la evolución.

Habermas, como heredero de la Ilustración alemana, no puede renunciar a embridar, en la medida de lo posible, las riendas del destino para inclinarlas para este o aquel lado. Siempre y cuando la investigación funcionalista no se pronuncie de lo que está más allá de sus límites, no habrá problemas de legitimación.

El debate está servido y la cuestión es compleja. Tiene visos de prolongarse todavía durante mucho tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bernstein, R. J. (1988). *Habermas y la modernidad*. Madrid, Cátedra.
- Blanco Fernández, D. (2000). *Principios de Filosofía política*. Madrid, Síntesis.
- Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa, II: Crítica de la razón funcionalista*, Madrid, Taurus.
- Habermas, J. (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus.
- Habermas, J. y Luhmann, N. (1971). *Theorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie. Was leistet die Systemforschung?*, Frankfurt am Main, Suhrkamp.
- Luhmann, N. (1984). *Soziale systeme*. Frankfurt am Main, Suhrkamp.
- Merton, R. K. (1948). "Discussion of Talcott Parsons' 'The position of sociological theory'", *American Sociological Review* 13: 164-168.
- Parsons, T. (1937). *The Structure of Social Action*. New York, McGraw-Hill.